

~~12444~~

PASA EL IDEAL...!

OBRAS DRAMÁTICAS DEL AUTOR

- OP. 1.—LA ÚLTIMA ESCENA.
Un acto.
- OP. 2.—NADA!
Un acto.
- OP. 3.—EL RETORNO.
Un acto.
- OP. 4.—A LA SOMBRA DEL AMOR...!
Tres actos.
- OP. 5.—BOCCACCESCA.
Un acto.
- OP. 6.—PASA EL IDEAL...!
Un acto.
- OP. 7.—LA SOMBRA DE LA HERMANA.
Tres actos.

A don

Roberto Brenes Mesén
afectuosamente,

José-Fabio Garnier.

abril del 918.

OP. 6

PASA EL IDEAL...!

PRÓLOGO Y DIÁLOGO DE
JOSÉ-FABIO GARNIER ::



SAN JOSÉ, COSTA RICA

1918

C. R.
862.6
4236P
CE.

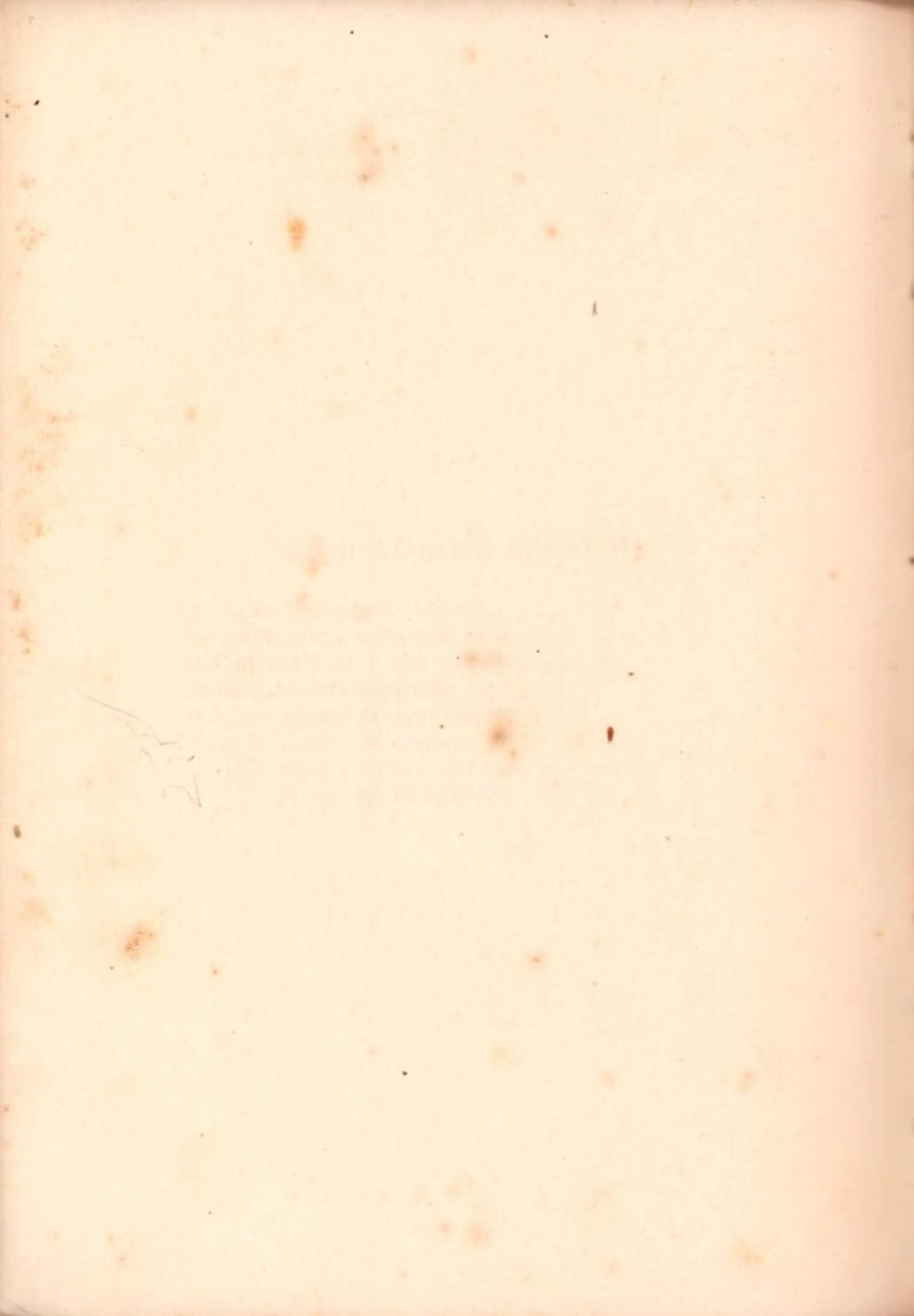
01

604 ●

~~124/14~~

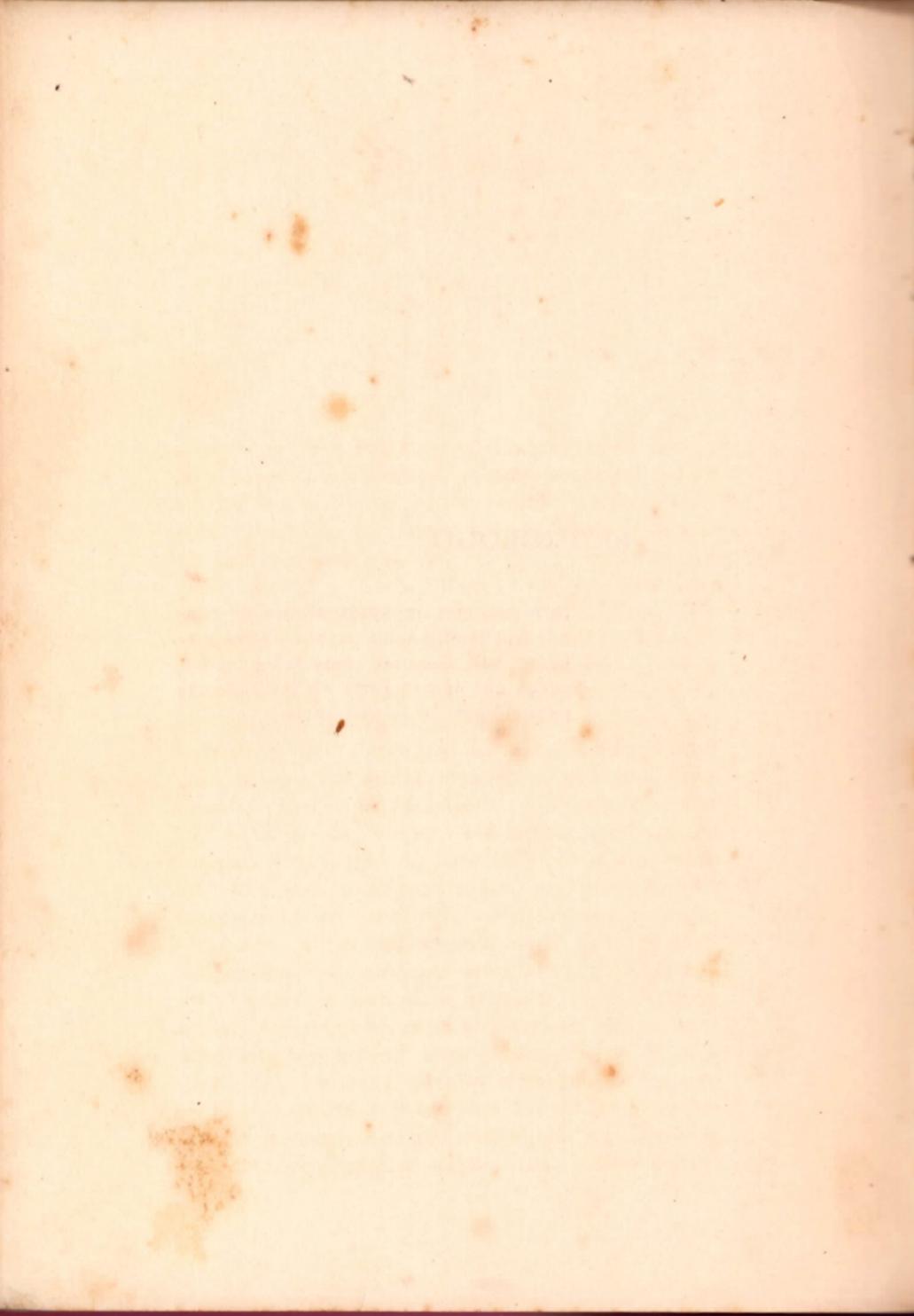
A Luisita Serra-Santigosa

Con arte exquisito quiso Usted, gentil señora, dar vida escénica, por primera vez, a la **Elena** de esta farsa llena de nostalgias infinitas; permita que al hacerla aparecer en volumen, le dedique a Usted, con todo respeto y cariño, esta hija predilecta de mi corazón.



EL PRÓLOGO

lo recita, con reposado acento de confianza familiar, un payaso de faz embadurnada, anónimo como todos los payasos que toman parte en las ridículas pantomimas de la existencia.



En la plazuela del apartado villorrio planta su errabunda tienda la farándula bulliciosa.

La desvencijada carreta, que conoce las secretas leyendas de los senderos poco transitados y que conoce también las ocultas historias de las carreteras de primer orden, ha llegado hasta este pueblecillo solitario trayendo en su seno todo un mundo de ensueños y de aspiraciones: hondos ensueños, altas aspiraciones.

Pero también trae algo nuevo, algo que aún no conocían los ingenuos aldeanos que viven su vida inofensiva en los campos y en las pequeñas villas que recorre, en busca del pan de cada hora, la alegre y entusiasta farándula. Vienen en el viejo carromato—en el que la farsa impera con gestos ridículos de emperatriz de ópera—Colombina, la inconstante y deliciosa Colombina y su eterno adorador, el sentimental Pierrot, el ingenuo enamorado de la luna olvidadiza. Con ellos viaja también, personaje obligado de toda tragedia humana, el Arlequín de alma de mil colores que sirve con placer a cuanto amo se le presenta y que no respeta otro amo que no sea el propio interés. Pierrot viene, como siempre, triste; las baladas que entona a la luna, la silenciosa confidente de sus amores no correspondidos, son baladas melancólicas, de esas

que tanto agradan a las zagalas hermosas cuando se sienten heridas del mal de amores.

Lo nuevo que veréis en el tinglado de la vieja farsa es algo que nunca creeríais ver: figuraos, lindas doncellas de doradas ilusiones, y vosotros, zagales robustos, enamorados del sol y de la lluvia—vuestros dos aliados mejores en la brega incesante por alcanzar los frutos difíciles de la oscura y avara y fecunda tierra—figuraos a Colombina contagiada del eterno mal de su amante Pierrot; ella, la traviesa muchacha que, mujer al fin, acostumbraba reír de todo cuanto en el mundo es sufrimiento, del amor y de la vida misma, viene ahora saturada de melancolía honda, de honda amargura.

La risa que cual un gorjeo matinal se desgranaba de su encantadora boca, ha dejado de oírse: ya el tinglado de la antigua y moderna farsa no se estremece, como antes, con sus entusiasmos de niña loca ni con sus rápidos enfucimientos de fierecilla mimada.

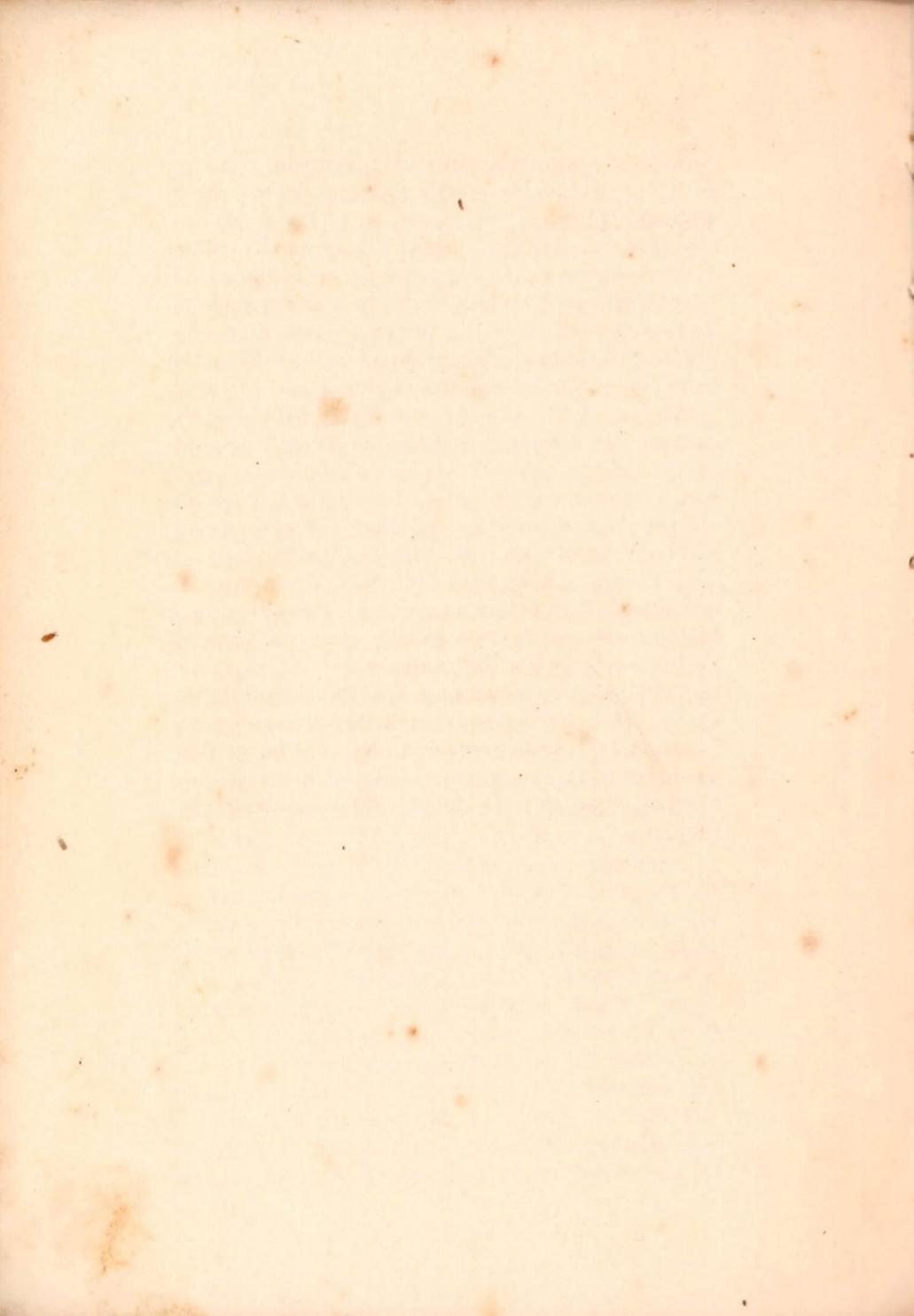
Colombina sufre, Colombina llora. Adorables zagalas de rozagantes mejillas que envidia son de las mas rosadas auroras, no turbéis su dolor inmenso: pasad a su vera, escuchad su queja de tórtola herida, su gemebunda queja que parte el corazón, y seguid vuestro camino meditando en la causa de los infinitos sufrimientos que la torturan; seguid la sendica que en el bosque de la vida, poblado de amargos cedros y de perfumados eucaliptos, os ha trazado vuestro destino ciego y meditad mucho en la tristeza que ha de saturar vuestras almas de garza real si volvéis la espalda al amor verdadero que toca con timidez a vuestra ventana y que os ofrece la felicidad eterna y la eterna tranquilidad. No pongáis obstáculos al amor de los amores, recibidlo con el

corazón repleto de hospitalidad, cantadle con sincero entusiasmo la eterna canción de la primera para que así en vuestras almas florezcan sin descanso los generosos rosales de la ilusión.

Pensad en aquella dulce frase que dentro de poco oiréis pronunciada desde lo alto del tablado de la farsa imperecedera y que Pierrot dice, con profundo acento de advertencia saludable: «Así como la noche misteriosa encierra sus mejores perfumes en el cáliz de las rosas, así mi alma encerró sus mas altos anhelos en el cáliz de rosa de tu corazón», frase a la que Colombina, ingenua, contesta con nostalgia infinita: «Y yo pasé al lado de esa inmensa felicidad sin apreciar el valor del tesoro que me ofrecías, galante!»

No seáis como la Colombina de la escena que pronto dará principio, no disperséis esos perfumes que la verdadera pasión puso en vuestro pecho, no lancéis a los cuatro vientos esas esencias milagrosas: pensad que, sin ellas, habrá llanto en vuestros hermosos ojos, habrá lamentos en vuestros labios de tentación, habrá frío, el frío de la muerte, en vuestras almas blancas, tan blancas como el traje de nieve del desconsolado Pierrot...!





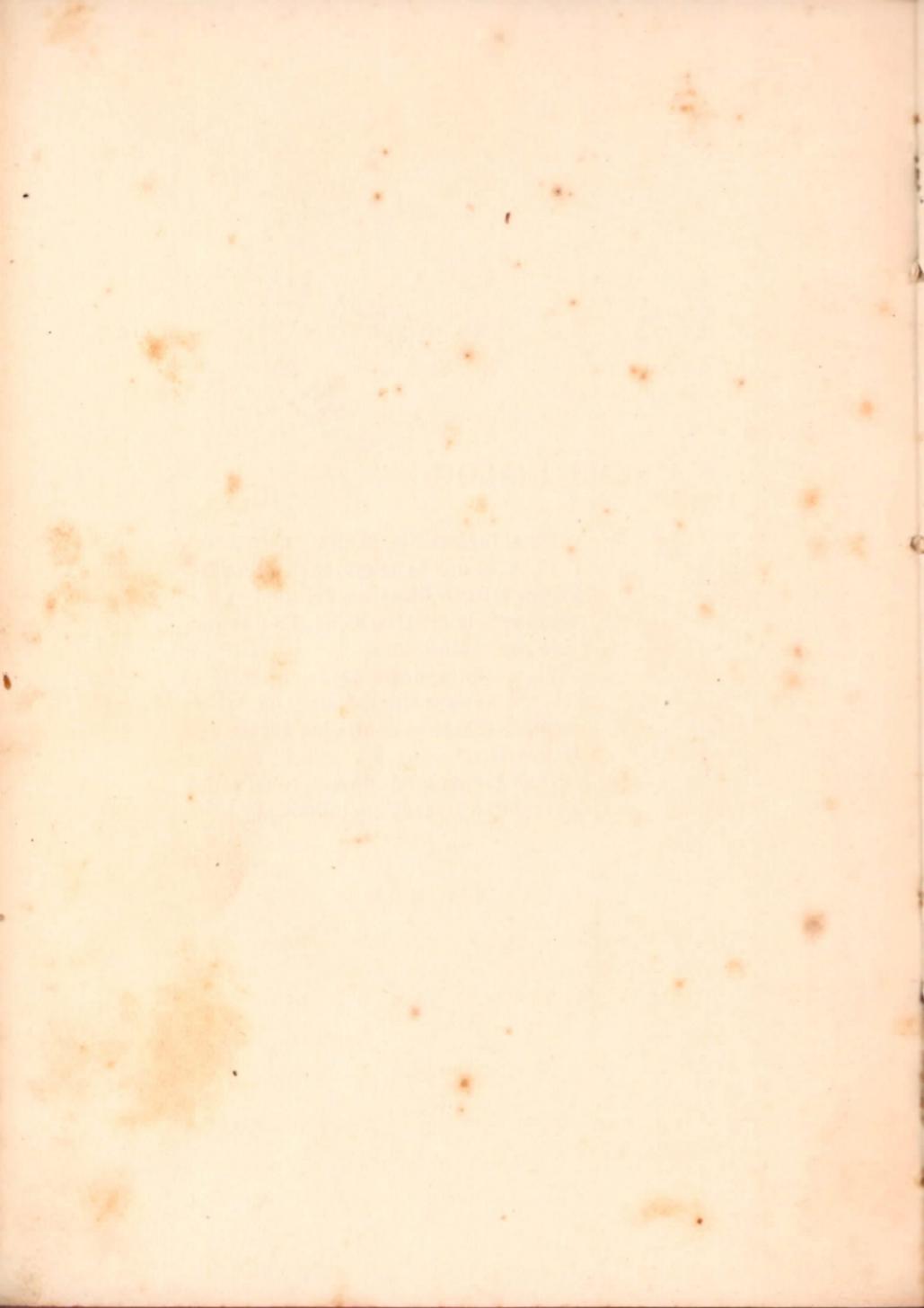


EL DIALOGO

En él intervienen ELENA y LEONARDO.
ELLA, es una bella mujer en cuyas facciones aristocráticas ha dejado una gracia indecible la Maternidad. Es una vencida por el Destino.

EL, es un apuesto varón, ni bello ni feo; de recia voluntad que ha sabido siempre rebelarse contra los decretos de la Suerte.

Dialogan en un salón severo en el que se respiran elegancia e intimidad.





LEONARDO:

Señora, he obedecido inmediatamente a la orden suya.

ELENA:

Orden, no; súplica solamente.

LEONARDO:

Usted, estimada amiga mía, no puede, no debe suplicar a nadie, menos a mí a quien, siquiera por los recuerdos lejanos de una época inolvidable, está en el derecho de exigir obediencia.

ELENA:

No despierte, amigo mío, ese pasado que ya duerme, desde hace mucho tiempo, el sueño de lo que nunca ha de volver.

LEONARDO:

Lo dice usted con un acento saturado de nostalgia inmensa...!

ELENA:

No; es así como hablo yo corrientemente. Ya no se acuerda usted?

LEONARDO:

Sí; me acuerdo de todo, absolutamente de todo. Precisamente esa memoria constante de cuanto se refiere a nuestro...

corrigiéndose

a aquellas épocas mas bellas de mi vida, me hace comprender que la frase pronunciada por usted hace un instante es una de esas frases hondas que llevan en sí mucho, muchísimo de la propia alma.

ELENA:

No, no. Ha querido usted sorprender en mis palabras anteriores un secreto que no tienen, algo que pareciera estar en lo mas profundo de mi ser imponiéndose, con imposiciones inevitables, en todos los actos de mi vida. No, Leonardo, no; se ha equivocado usted esta vez, así como se equivocó antes tantas otras.

LEONARDO:

Nunca, nunca me he equivocado en lo que se refiere a las mujeres por las cuales he sentido honda simpatía, mucho menos ahora...

ELENA:

Y por qué ese ahora tan lleno de segunda intención?

LEONARDO:

Ese ahora se refiere a esta conversación impuesta por usted, Elena.

ELENA:

Y la que ha rehuído usted como si se tratase de algo peligroso, verdad?

LEONARDO:

Lo confieso: he temido siempre este encuentro.

ELENA:

Por qué?

LEONARDO:

Porque, dadas las circunstancias en las que abandonamos nuestros deliciosos ensueños de felicidad, esta conversación debe ser decisiva, debe traer consigo el dolor de revivir lo pasado y la tristeza de hacerlo desaparecer para siempre del mundo de nuestros recuerdos, único sitio en donde nos es permitido encontrarnos amenudo y a solas.

ELENA:

Temía usted sin razón alguna.

LEONARDO:

Quién sabe!

ELENA:

De ello se convencerá enseguida.

LEONARDO:

Es cierto, perdone; dejemos de lado cuanto no se refiera al objeto del llamamiento que usted tuvo a bien hacerme y olvidemos lo que fuimos para que ese recuerdo, delicioso y doloroso a un tiempo mismo, no venga a romper la armonía de nuestras vidas que pudieron ser una sola encantadora existencia y que, por tu culpa,—sí, permíteme que, aunque sea una única vez mas, te hable usando el dulce tratamiento de tú—por tu culpa, son dos vidas aisladas y silenciosas.

ELENA:

Calla, calla, por Dios; déjame explicarte el por qué del deseo que sentí, imperioso, de hablar contigo una vez mas.

LEONARDO:

Una vez mas, solamente?

ELENA:

Sí, una única vez mas.

LEONARDO:

Ingrata!

ELENA:

Y para qué? No soy libre, como lo era en aquel entonces, de poner mis ilusiones en el búcaro que mas llamaba mi atención de niña mimada; no puedo, no debo abandonar, ni siquiera por un momento, la senda que me señalan mis deberes de esposa...

LEONARDO:

Amante y amada, verdad?

ELENA:

Ni amante, ni amada, por desgracia para ambos.

LEONARDO:

Lo crees así?

ELENA:

Convencida de ello estoy.

LEONARDO:

Entonces...?

ELENA:

No te hagas nuevas ilusiones. Una vez, un capricho odioso me hizo destruir las hermosas aspiraciones que en mí habías puesto; no quieras, no permitas que sea despiadada en este instante en el que me ha hecho llamarte algo que desgarrar mi corazón y que seguramente hará sangrar el tuyo si es que aun conservas por mí un poco de aquel amor que yo, ingenua y cruel, mujer al fin, desprecié con insensatez inmensa.

LEONARDO:

Así como la noche misteriosa encierra sus mejores perfumes en el cáliz de las rosas, así mi alma encerró sus mas altos anhelos en el cáliz de rosa de tu corazón.



ELENA:

Y yo pasé al lado de esa inmensa felicidad sin apreciar el valor del tesoro que me ofrecías, galante!

LEONARDO:

Crees que fuese una felicidad inmensa?

ELENA:

Infinita!

LEONARDO:

Así es que tú...? *con esperanza*

ELENA:

Escucha, para eso te he hecho decir que deseaba hablar contigo. Mi crueldad hacia ti no tiene nombre; fué realmente, la mía, una venganza terrible de la cual la única víctima fuí yo misma.

LEONARDO:

Y yo, crees que no sufrí?

ELENA:

Sufriste mucho, lo comprendo, porque me amabas y el verme de otro debe haberte herido en lo hondo; pero el mundo tiene, para vosotros los hombres, mil atractivos que adormecen los recuerdos y que hacen callar, con maternal arrullo, las amarguras mas hondas, las desesperaciones mas grandes. Yo busqué en otro amor,

en otro sentimiento que creí fuese amor, el refugio endonde olvidar lo que por ti sentía, el alero protector endonde las avecillas de mis ensueños de niña caprichosa, encontrasen la calma y la felicidad en un nido hecho de los despojos de otra inmensa e inolvidable pasión.

LEONARDO:

No fuiste feliz?

ELENA:

Me era imposible serlo. Deshice los primeros anhelos profundos de amor que mi alma había experimentado, era preciso que pagara esa imprudencia mía... y, en realidad, he satisfecho mi deuda en una forma terrible para una mujer que, como yo, sentía un ansia insaciable de cariño y de caricias.

LEONARDO:

No te quería ese miserable?

ELENA:

con enojo sincero

Hemos terminado. A nadie, absolutamente a nadie le permito que ofenda, en mi presencia, al padre de mis hijos!

LEONARDO:

Le amas aun?... Ese gesto de leona herida lo demuestra hasta la evidencia.



ELENA:

Te equivocas; no lo amo ya. Si he saltado al oír que lo llamabas miserable, lo he hecho por mis hijos, por esos angelitos de amor a quienes adoro por sobre todas las cosas. Por ellos, comprendes?

LEONARDO:

Perdóname, Elena, perdóname. Me he dejado llevar por una idea funesta, por algo que me ha hecho olvidar todos los deberes que a ti me encadenan.

ELENA:

No permitas con tus frases inoportunas que tenga que arrepentirme del paso que he dado al llamarte de nuevo, después de tantos años de alejamiento voluntario. Mi marido es lo que es, ya lo sabes; pero sólo yo, solamente yo, tengo el derecho de juzgarlo con dureza.

LEONARDO:

No des tanto valor a una palabra soltada así al acaso, sin pensarla siquiera.

después de una pausa

Dime, qué deseas de mí?

ELENA:

Apesar de lo aristocrático del saloncito en el que te he querido recibir, apesar de las apariencias de lujo que talvez hayas notado en mi casa y hasta en mí misma, debes saber que estamos arruinados. Mi marido...

LEONARDO:

No me hables mas de él; me obligarías a ofenderlo de nuevo y a ofenderte. Todo lo que hizo, ha hecho y hace contigo, todo lo sé: la manera inícuca cómo derrochó en el juego y con malas mujeres...

ELENA:

interrumpe, con energía

Eso no!

LEONARDO:

Sí, la manera cómo, en el juego y en francachelas indignas de un hombre que tiene una mujer como tú, derrochó el dinero que era tuyo, solamente tuyo y de los hijos de ese tu amor ingenuo y profundo que yo, en mis ensueños de juventud, ansiaba para mí.

ELENA:

Quién te lo ha dicho?

LEONARDO:

Todo el mundo lo sabe, todo el mundo lo comenta con comentarios hirientes que me martirizan como si fuese yo el blanco de ellos. Solamente una persona, una dulce amiga tuya, me ha hablado, de lo que aquí pasaba, con tristeza y con ternura inmensa hacia ti.

ELENA:

Margarita?

LEONARDO:

Sí, la delicada y bondadosa Margarita, esa mujer que asistió al nacimiento de nuestro cariño sincero y que, ingenuamente, ayudó para que florecieran las mas deliciosas ilusiones en el jardín oculto de nuestras almas.

ELENA:

Pobre Margarita!

LEONARDO:

Y bien?

ELENA:

Estamos arruinados, ya lo sabes, ya lo sabías. Por ironía cruel de la suerte que se complace en vengarse de los que de ella se burlan, eres tú quien ahora es dueño de nuestro porvenir.

LEONARDO:

No comprendo.

ELENA:

Posees el último de los documentos extendidos por mi marido. Y digo el último porque si quisieras hacerlo efectivo nos obligarías a abandonar lo poco que nos queda y a rodar por esos mundos quién sabe cómo, quién sabe hasta dónde y hasta cuándo!

LEONARDO:

Y deseas?

ELENA:

Que seas generoso, que no le causes el último dolor a mi marido, que...

LEONARDO:

Qué bien me conoces y qué bien conoces a tu marido! Gracias, Elena mía, tu súplica me hace ver que aprecias la sinceridad de este mi amor que cada día se hace mas intenso y mas puro. Pero, me pides demasiado. Deseas que sienta compasión por quien no la tuvo ni para mí a quien arrebató el mas santo de los amores, ni para ti cuya sagrada pasión no supo respetar, ni para los hijos tuyos que debían ser su único anhelo! Que sienta piedad por ese rival mío que logró arrancarme de los regazos tibios de los ensueños para lanzarme contra las rocas de la realidad impía menos duras que su corazón? No, Elena, no! Es mucho, es muchísimo el mal que tu marido me ha hecho para que yo pueda ser tan generoso como tú lo deseas.

ELENA:

Escucha...

LEONARDO:

No; se reirían de mí todos, hasta él mismo, quien daría a mi acción generosa un nombre ingrato.

ELENA:

Dime, no dices que me amas de verdad?



LEONARDO:

Es el mío, por ti, un amor de esos infinitos cuyas llamas benefactoras no saben apagarse ni aun al recio empuje de los mas fieros aquilones. El desdén tuyo lo ha hecho crecer; esa es la mas evidente prueba de que el mío es un amor grande: un amor de los amores.

ELENA:

Y entonces, por qué no quieres ayudarnos?

LEONARDO:

comprendiendo

Te lo ha aconsejado él, verdad? Ha descendido hasta el punto de enviarte a suplicar, como una pordiosera de amor, una prórroga para así poder el miserable,

movimiento de Elena

sí, el miserable, hundirse durante mas tiempo en sus orgías repugnantes? Y tú, te has prestado a ello creyendo lograr, a buena cuenta de las simpatías que por ti siento, lo que nadie habría podido lograr jamás?

ELENA:

Me ofendes de nuevo, Leonardo; y me ofendes en lo hondo, en lo mas hondo, en lo mas sagrado de mi ser: en el amor sin esperanza que siento por ti. Si mi marido me hubiera hecho esa propuesta, si me hubiese escogido como intermediaria en este asunto, te lo juro, por el santo cariño de mis hijos, que ya no

estaría a su lado. Me repugnaría el vivir con un hombre que confundiera a su esposa con una vil solicitante de mercedes para su marido a cambio de no sé cuáles y cuántas repugnantes concesiones.

LEONARDO:

Y entonces, qué significa tu actuación en este negocio que es de hombres solamente?

ELENA:

No es el amor por mi compañero el que me ha llevado a solicitarte lo que te pido. No; es una mas alta y mas noble aspiración la que me obliga a hablarte como hoy te hablo. Piensa, Leonardo, en el nombre de los ensueños que soñamos juntos, piensa en mis chiquitines: sin hogar, sin pan, sin nombre y talvez... talvez sin madre, porque yo no podría soportar tanta desdicha, tanta tristeza...

solloza

LEONARDO:

después de una pausa

Tienes razón. Ellos no son culpables de las infamias de quien les dió vida sin poseer la dignidad necesaria para merecer el dulce nombre de padre. Tienes razón; ni ellos, ni tú, debéis sufrir las consecuencias de los extravíos de ese hombre. Cuenta, no sólo con la prórroga que solicitabas, sino también con que la obligación vuestra hacia mí no existe. Pero, óyelo bien, no existe ni para ti, ni para mí; para él, sí.

Mientras él tenga que ver contigo no debe saber nada, absolutamente nada de lo que ahora te concedo, comprendes?

ELENA:

No, no quiero. Mi dignidad de mujer casada no me permite aceptar obsequios de tal naturaleza y mucho menos de quien...

LEONARDO:

Calla; ahora eres tú quien me ofende. Crees que yo he de poner precio a mis concesiones? Crees que he de exigir mas de lo que ya me has concedido: tu grande y puro amor? No, alma mía, eso es para otros, para hombres que no son como yo, para mujeres que no son como tú!

Una pausa en la que aquellos dos seres desgraciados a quienes une un amor imposible y, como imposible, inmenso, se miran profundamente con la tristeza honda que satura las horas en las que el sol cae en el horizonte dorando, como si fuesen esperanzas e ilusiones que están por desvanecerse, las cumbres de las colinas y las franjas armoniosas de las nubes.

LEONARDO:

Elena, no hablas, no dices nada, en qué piensas?

ELENA:

Pienso en muchas dolorosas cosas. En lo cruel de la vida que juega con nosotros, que nos pone, en un momento de descuido, al lado de la felicidad verdadera y que luego, con espejismos vanos, nos llama, con voces que son imperativas y nos lleva lejos, muy lejos, precisamente al lugar endonde nada nos es favorable, nada, absolutamente nada.

LEONARDO:

Y crees que es la vida la que tiene la culpa de nuestras desventuras? No, Elena mía, la culpa también es tuya, también es nuestra. Somos nosotros los que abrimos, con indiferencia, con desprecio talvez, la caja de Pandora en cuyo fondo duermen todas las mas bellas ilusiones y todos los mas deliciosos anhelos. Y ellas y ellos vuelan, lejos, muy lejos, en busca de un corazón hermano a cuyo abrigo poder dormirse otra vez para despertar de nuevo y para huir, para huir siempre. Nosotros pudimos ser felices, hondamente felices; la vana vanidad tuya y la vana dignidad mía se opusieron y te lanzaron, a ti, en brazos de un ser que no te amaba, y me echaron; a mí, a rodar mundos, a conocer nuevas desventuras y a saborear nuevas amarguras.

ELENA:

Crees que tuvimos la culpa nosotros?

LEONARDO:

Lo creo, Elena mía. Para que te convenzas voy a proponerte algo que muy amenudo avanza

ante mi mente, en mis horas de loco desvarío; dime, serías capaz de abandonar a tu marido, separarte de él y venirte, con tus hijos que serían los míos, a mi lado, al amparo de este corazón que solamente palpita por tu bien y por tu felicidad? Dime, lo harías?

ELENA:

No!

LEONARDO:

El deber te lo impediría?

ELENA:

No!

LEONARDO:

La opinión de los demás?

ELENA:

Tampoco!

LEONARDO:

No comprendo, entonces.

ELENA:

Este amor profundo que por ti siento y que es toda mi vida, es también mi único ensueño. Talvez, al hacerlo realidad, ese ideal nuestro se deshaga y no nos quede en el alma otra cosa que la tristeza de haber apagado el fuego sagrado de nuestro amor cuyos resplandores iluminan los senderos ocultos, llenos de dificultades, por

donde nos lleva nuestro destino ingrato. Deja que este amor sea siempre una ilusión, una santa y bella ilusión que dulcifique las horas de nuestra vida real.

LEONARDO:

Ves, Elena querida, que no es la vida la que deja caer sobre nosotros las desgracias? Ves, cómo somos nosotros quienes, conciente o inconcientemente, rechazamos las felicidades que sobre nuestras cabezas derrama, pródigo, el destino?

ELENA:

Perdóname, pero es imposible.

LEONARDO:

Lo comprendo;

preparándose para despedirse

no debemos ser felices; eso quieres, y porque lo quieres tú, lo quiero yo también. Olvida cuanto hemos hablado; olvídalo sin misericordia para tu corazón y para el mío. Haz que ese recuerdo, delicioso y doloroso a un tiempo mismo, no venga a romper la armonía de nuestras vidas que pudieron ser una sola encantadora existencia y que, por tu culpa, son dos vidas aisladas y silenciosas!

poco a poco ha ido retirándose hacia la puerta endonde hace un gesto doloroso que lo impulsa de nuevo hacia ella. Domina su voluntad y desaparece, como una sospecha, cuando menos se espera.

allá a lo lejos, como un anhelo hondo que se pierde entre muchas confusas ansiedades, de las cuatro sonoras cuerdas de un mágico Stradivarius, surgen, evocadas por un artista melancólico, las notas dolorosas de un nocturno de Chopin.

ELENA:

al verse sola se siente mas desdichada y, como con remordimiento, con ese acento de nostalgia que tienen las campanas al caer la tarde, repite lenta y dolorosamente:

Así como la noche misteriosa encierra sus mejores perfumes en el cáliz de las rosas, así mi alma encerró sus mas altos anhelos en el cáliz de rosa de tu corazón!

mientras tanto, el telón, inflexible como el destino, baja con lentitud haciendo la noche en el escenario así como las últimas palabras pronunciadas han arrojado las tinieblas sobre el alma de aquella mujer desventurada en cuyas facciones aristocráticas ha dejado una gracia indecible la Maternidad.

Costa Rica, julio del 917 e. v.

